

HÄRING Bernhard, *Las cosas deben cambiar. Una confesión valiente*, Herder, Barcelona 1995, pp. 156.

Bernhard Häring ha fallecido recientemente, concretamente el 3 de julio de 1998, en Gars (Baviera), aquejado de un cáncer de garganta que padecía desde hacía años. Su labor teológica se ha desarrollado en el campo de la Teología Moral, y su obra más destacada *La ley de Cristo* es punto de referencia obligada para los intentos de renovación de la Moral. Sus características como religioso redentorista y como teólogo han sido la Libertad y Fidelidad en Cristo. Supo descubrir para la teología Moral los cauces verdaderamente evangélicos, superando la estrechez de miras de la casuística y el juridicismo frío. Participó en el Concilio Vaticano II, y desarrolló una fecunda actividad académica a lo largo de 40 años en la Academia Alfonsiana de Roma.

El P. Marciano Vidal resume así los principales aportes del P. Häring a la Moral católica: 1. La comprensión de la vida cristiana como vocación, es decir, como “respuesta” gozosa a la llamada amorosa de Dios. 2. La orientación cristocéntrica del obrar cristiano, en cuanto realización del seguimiento de Cristo. 3. La tonalidad personalista en el modo de entender y de vivir las exigencias de la moral cristiana: un personalismo no cerrado ni egoísta sino altruista y solitario. 4. La perfección como meta de la vida cristiana, contando con la fragilidad de la presente condición humana y aceptando la ley de la gradualidad y teniendo como actitud general la de la benignidad pastoral (*Vida Nueva*, nº 2147, pág. 35).

Este hombre benemérito tuvo que sufrir incomprensiones dentro de la misma Iglesia, y fueron estos sufrimientos los que acrisolaron su virtud y su grandeza de alma. Y a pesar de todo ello, nos dejó como legado espiritual un mensaje edificante: “Quisiera dar gracias a Dios por todo lo que he recibido de la Iglesia, en la Iglesia y por la Iglesia. Y quisiera invitar a todos a servir el Evangelio y a la Iglesia con alegría, sinceridad y franqueza”.

En 1992 Häring cumplía 80 años. Fue invitado a dar una conferencia con este motivo y el buen religioso redentorista decidió presentar un alegato en favor de una Iglesia más humana. De esa conferencia salió el libro que presentamos a nuestros lectores, y que nos descubre la riqueza interior del P. Häring. El afirma en el capítulo primero, *Mi aspiración fundamental*, que los tres inseparables dones y las tres tareas asignadas a la Iglesia, a la teología y a la pastoral son: 1. Aprender a conocer y amar a Jesús. 2. Impulsados por el hábito de Jesús, aprender a conocer y amar al Padre de Jesús y Padre de todos nosotros. 3. A la luz de la fe en Jesús y en el Padre, e impulsados por el hábito del amor del Padre y del Hijo, aprender a conocer y amar a los hombres; y ello como consumación del amor del Padre y del Hijo, posibilitada por el Espíritu de Dios.

Desde estas tareas desembocamos en una aporía actual: “Piénsese en la política vaticana a propósito del nombramiento de los obispos y el rígido control en las designaciones de teólogos para regentar cátedras de la Iglesia... Aquí nos interesa, sobre todo, la siempre necesaria renovación de la Iglesia. Se trata de un grito que ya no puede ser más tiempo desoído, se trata del deseo de un profundo cambio de mentalidad respecto a los planes salvíficos de Dios en su Iglesia”.

El capítulo segundo habla de las tentaciones de la Iglesia, de la religión como artículo de consumo, al servicio del poder... De la mano de ejemplos concretos, el autor señala cómo personas de la Iglesia se están distanciando cada vez más del espíritu de Jesús y corre el peligro de no cumplir su misión.

Sobre la unidad de la Iglesia trata el capítulo tercero. Puntos importantes que no somos capaces de llevar a la práctica, porque la inercia nos domina y paraliza. La dimensión ecuménica, la colegialidad, el ministerio de Pedro, y una imaginaria y profética carta del Papa Juan XXIV.

El último capítulo describe el sueño de Häring: una Iglesia humana y liberada. Los caminos a recorrer serían la recuperación de la profundidad eucarística, la renuncia a la violencia, la fraternidad, la misericordia... “Debemos poner particular cuidado para no encubrir, bajo capas de moralismo y rigorismo, la imagen de Dios que se nos revela graciosamente en Cristo... Debe arrojarse por la borda todo lastre inútil. Deben desenmascarse y superarse las ideas (ideologías) religiosas enfermizas y sus consiguientes estructuras... Debemos aprender a distinguir netamente entre la religión que enferma -la que delató Jesús- y la fe que sana. Es fe viva y vitalmente verdadera creer que Dios es amor y que nos ha creado y redimido justamente para llevar a su plenitud y celebrar con él este amor”. Son las últimas líneas del libro *Las*

*cosas deben cambiar*, escritas por un religioso de más de ochenta años, edad en la que ya no se aspira a aplausos terrenos, sino a la sinceridad profética del que se encuentra muy cerca de Dios.

Esta recensión del pequeño libro semiautobiográfico sirva de homenaje a quien, a pesar de sus sufrimientos, supo dejar un testimonio de fidelidad y esperanza.

Carlos Bazarra, OFM Cap.

HASKINS Susan, *María Magdalena. Mito y metáfora*, Editorial Herder, Barcelona 1996, pp. 522. (Traducción castellana de Nicole D' Amonville Alegría de la obra inglesa *Mary Magdalen. Mith and Metaphor*, Londres 1993.

La doctora Haskins es profesora de inglés e historia del arte en el University College de Londres. Ha dedicado varios años de su vida, gracias a becas universitarias, a estudiar esta figura, histórica y a la vez mítica, de María de Magdala o Magdalena (= M.M.), y su transfiguración a través de los siglos, para mostrar la visión masculina -eclesial o clerical sobre todo- de la mujer. Cita textos de tantos varones, desde los Santos Padres y eminentes doctores como Ireneo, Tertuliano, Aristóteles, Agustín, Alberto Magno, Tomás de Aquino y el papa Gregorio Magno. Pero también a feministas actuales como Simone de Beauvoir, Marguerite Yourcenar, Schüssler Fiorenza, Susanne Heine, Elaine Pagels, Rosemary Radford Rütger, Carla Ricci, Elizabeth Moltmann-Wendel, Marina Warner, y varias otras. Basta recorrer la bibliografía utilizada, que aparece no sólo en la selección final, sino la que recorre las casi ochenta páginas de "notas de referencia", para admirar *el enorme trabajo y la gran erudición* que supone la realización de esta obra. Consta de diez capítulos, que se pueden distribuir, a mi juicio, en tres o cuatro partes, con dos o tres temas mayores. Los temas claros son *la M.M. real e histórica* y *la Magdalena mito y metáfora* de lo femenino; pero tal vez haya un tercer tema menos aparente: el lugar eclesial de la mujer.

La primera parte, o los tres primeros capítulos, aunque con divagaciones sobre Nag Hammadi en el segundo, tratan sobre todo de M.M. histórica o evangélica. Subrayando su personalidad de discípula de Jesús, de testigo privilegiado de la cruz y resurrección del Maestro (sobre todo en Juan, 20) y de apóstol de los apóstoles. Nada de confundirla con otras figuras, como la novia de Caná, o una prostituta que enjugó los pies a Jesús (que aparece en Lucas, 7), ni la hermana de Lázaro y Marta (presente en ambos evangelistas). Esta mezcla se inicia ya en los escritos del NT, pero se fue afianzando en la

Iglesia, aunque con discusiones, hasta que la autoridad del papa Gregorio Magno prácticamente la dejó establecida en el culto oficial y en la piedad popular cristiana. De ahí en adelante, figura sobre todo como pecadora (prostituta) y convertida (penitente).

Afirma que “su desaparición y transformación sigue siendo un enigma”; y se pregunta cómo es que “su importancia y su significado han sido eclipsados en la tradición cristiana”, cuando en algunos textos apócrifos, considerados heréticos, “se preserva y se recalca la tradición de las mujeres del NT como discípulas”. Puede que la explicación esté en el hecho de que durante largos siglos a M.M. “se la ha presentado fundamentalmente como una ramera arrepentida” (p. 52). Siglos después las críticas de Lefèvre d’ Etaples con su “De Maria Magdalena ...disceptatio”, en 1517, no logran más que rechazo e incluso la excomunión; y lo mismo las de Agustín Calmet, con su “Dissertation sur les trois Maries” en 1773. Hay que llegar al teólogo Peter Ketter en 1935 para que se vuelva a la verdad bíblica de la separación de esas tres figuras que el papa Gregorio amalgamó (Ver la alusión a ellos en las pp. 46, 120, 278s, 362s y 423). De todo esto tratan los tres primeros capítulos, titulados “*De unica Magdalena*”, “*Compañera del Salvador*” y “*Apostola Apostolorum*”.

La segunda (y tercera) parte la forman los seis o siete capítulos siguientes, que van pasando revista a una serie de lugares privilegiados del culto cristiano a M.M., comenzando por el de Vézelay, en la Borgoña francesa, que se disputaba con la Provenza el poseer el cuerpo de la santa, venida en barco todavía en vida y estado penitente. No paró aquí la mixtificación, sino que a lo largo de los siglos, va siendo descrita, pintada, predicada y novelada de diversas formas por la cultura dominante, machista, clerical, puritana, feminista, etc., hasta nuestros días. Esto es lo que ha reflejado, a lo largo de sus diez capítulos la autora de esta investigación histórico-cultural, con una rica y variada documentación, de textos, documentos y cuadros, que lo confirman. Los capítulos 4 al 6 tratan de su culto en la Edad Media francesa y de los inicios del humanismo en Italia bajo los epígrafes de “*Las Grandes Heures de Vézelay*”, “*Beata Peccatrix*” y “*Dulcis Amica Dei*”. Del capítulo 7 al 10, se ocupa de los siglos XVI al XX, bajo los títulos de “*La Llorona*”, “*Vanitas*”, “*Magdalenas*” y “*La Magdalena calumniada*”. Recoge numerosos datos literarios, sermones y escritos, motetes y autos sacramentales, pinturas y esculturas, teatro y ópera, novelas y películas; que van reflejando la imagen cambiante de la época sobre la figura de la mujer, y especialmente de su sexualidad, ya que la M.M. mítica, deja bien patente esta dimensión.

En el siglo XIX se logra la convergencia a su favor de las feministas y la

conciencia cristiana o filantrópica, frente al abuso del machismo con su doble moral. Al final del capítulo 9 escribe: “La M.M del s. XIX fue utilizada para explorar las ideas sobre la sexualidad, el amor, el pecado y la posición de las mujeres en la sociedad burguesa. Su arcaica asociación con la mujer perdida la convirtió en una figura esencial a la hora de examinar la sexualidad femenina, con sus connotaciones de pecado e inferioridad moral, sobre todo al luchar las sociedades con el grave problema de la prostitución. Fue la lucha por los derechos humanos de la mujer, incluidos los de la prostituta, la que provocó la emancipación de la mujer en el siglo XX. Su revaluación en las iglesias no católicas fue quizás el factor más determinante” (p. 400). Un puesto que han conquistado ya en otras esferas, como “el derecho al voto, el control de la propiedad personal y el mundo profesional, que hasta ahora habían sido prerrogativas masculinas” (p. 428).

Con esto se puede ya atisbar el cierre del tema de la M.M. mítica, al final del c. 9 y en el 10, para “cerrar el círculo” y volver a la M.M. histórica, que era el segundo tema señalado; por eso cabe ver aquí una (tercera y) última parte o tema novedosos. Escribe la autora: “... para cerrar el círculo hemos de retornar a la figura bíblica a fin de comprender su validez en la última década del siglo XX” (p. 427). Creo que la autora desea alinearse claramente, no con los que exaltan a M.M. “... como la quintaesencia de la sexualidad femenina”, sino con esa “revaluación mucho más testaruda, efectuada por eruditos y teólogos, de los textos bíblicos y la primitiva historia cristiana... Esta nueva visión es concomitante con el nuevo énfasis otorgado a los valores femeninos en lo que hasta ahora ha sido una religión completamente patriarcal, un aspecto primordial del debate entablado sobre *el papel que desempeñan las mujeres en la Iglesia actualmente*, esencial para la posibilidad de un sacerdocio femenino” (417). En efecto, el c. 10 lo introduce con una frase de Elisabeth Schüssler Fiorenza, tomada de “In Memory of Her” (= En memoria de ella) que dice: “La medida en que la interpretación y legitimación de las Escrituras se ajustaron a los fines políticos de la Iglesia queda ilustrada por el ejemplo de M.M” (p. 304).

La situación actual presenta una revaluación de la figura de M.M., que la autora cree “fruto de los recientes estudios universitarios que se han realizado sobre la primitiva iglesia y el puesto que ocupaban las mujeres en ella...” sobre todo en Estados Unidos y que, “muy recientemente, ha convertido a M.M. en la piedra angular del debate entablado sobre el ministerio de las mujeres” (p. 402). Por eso, tal vez, concluye la obra con la escueta noticia, reciente en el momento de su publicación inglesa (1993): “El 11 de

noviembre de 1992 el Sínodo General de la Iglesia de Inglaterra votó a favor de la ordenación de las mujeres”. Poco antes acaba de escribir: “Mientras la Iglesia siga ignorando la erudición reciente que ha restituido su papel a las mujeres de los evangelios -tan fácilmente tachada de feminista- continuará subordinando a la “verdadera” M.M., y ensalzando a la “madre María”. Es decir le negará su papel activo en el ministerio de la Iglesia...” (p. 435).

Intentando una breve evaluación, señalo los siguientes puntos. Primero hay que admirar la enorme erudición mostrada en esta obra. Con ello sin duda logra ampliamente lo que se propone demostrar: la mitificación de la figura de esta mujer real, histórica y cristiana, por la misoginia masculina -clerical especialmente, pero también puritana e hipócrita social de todos los tiempos- a lo largo de la historia occidental. Que todos nos volvamos un poco más “feministas”, tras siglos de patriarcalismo, es un tarea sana para toda la humanidad. Esta es la parte que abarca el tema de la M.M. mítica, manipulada por las distintas lecturas, casi siempre masculinas, de los siglos.

Pero no es algo exclusivo de la figura de M.M. Además, en la imagen eclesial tradicional, no es símbolo sólo de la mujer, sino de la condición humana, pecadora y capaz de conversión y perdón. Se puede estar de acuerdo con lo que escribe casi al final de su obra: “La fantasía siempre ha desempeñado un papel muy importante en la carrera de M.M. y sigue haciéndolo en el s. XX. Su existencia quimérica ha reflejado las exigencias de las épocas en las que ha florecido; cada era ha forjado una Magdalena según sus preocupaciones, miedos y aspiraciones”. Todo eso refleja el *Zeitgeist* del s. XX, pero no la M.M. bíblica y su importancia (p. 427). A esto apunta el segundo gran tema que hemos señalado: la figura real, histórica y “verdadera” de M.M.

La autora se basa en buenos exégetas, y no abusa de las feministas, aunque se pone en sus filas claramente. Pero es la parte menos explícita y argumentada. Si es verdad que se dio manipulación, habrá que estar atentos a la más que posible manipulación actual, por muy justas causas sin duda, en favor de los derechos de la mujer, específicamente en el campo eclesiástico. Pero las justas causas no garantizan los justos argumentos, y menos en el orden histórico. La biblista Luise Schottroff, citada por la misma E. Schüssler Fiorenza, piensa que “la liberación de las estructuras patriarcales” nunca fue considerado un “tema importante”, puesto que no fue el objetivo principal del movimiento de Jesús en Palestina. Se puede discutir este aserto, pero no hay que dar por sentado lo contrario, como parece ocurrir aquí.

Por lo demás me parece atendible este juicio de José Comblin: “La teología

feminista parte del cuestionamiento de casi toda la historia de la humanidad, entendiendo que el cristianismo es uno de los fenómenos... El patriarcalismo es tan antiguo y está tan enraizado que se encuentra en todas las civilizaciones... No es suficiente con volver al cristianismo primitivo. Allí no se encuentra la solución. Es poco probable que el problema de la mujer encuentre una solución por medio de la teología feminista; porque sus raíces son más profundas, van más allá de la esfera del cristianismo” (pp. 431 y 432 de su reciente libro *Cristianos rumbo al siglo XXI*, editado por los Paulinos en 1997).

Se puede aprender a ser mujer actual con M.M. Como escribe al final: “La verdadera María Magdalena, liberada de las restricciones que el prejuicio sexual le ha impuesto, tiene mucho que ofrecer. El simbolismo no la ha beneficiado... [Se refiere a ese hacerla mito femenino sexual]. Pero en caso de que aún sea necesario el simbolismo, ¿no serviría mejor a las mujeres la verdadera M.M., la discípula junto a la cruz y heraldo de la Nueva Vida, igual de hermosa que su persona mítica y una figura de independencia, valentía, acción, fe y amor mucho más aleccionadora, de símbolo actual?” (p. 435s). Pero pienso que también se aprende a ser (hombre y) mujer, tal vez más libre y liberadora, con María de Nazaret; con tal que sea la “verdadera”, no la mitificada y manipulada por los hombres en la historia. No responde a los datos históricos, ni siquiera a muchas de las “apariciones” marianas como la de Guadalupe, esa idea de mujer sumisa, pasiva y subordinada al varón.

*Eduardo Frades Gaspar, CMF.*

SMOLINSKY Heribert, *Historia de la Iglesia Moderna*, Herder, Barcelona 1995, pp. 249.

Con este volumen, se completa la Historia de la Iglesia de la Colección “Biblioteca de Teología” de la Editorial Herder.

Su autor, doctor en teología y catedrático de Historia de la Edad Media y Moderna en la Universidad de Friburgo (Alemania), nos presenta en menos de 250 ágiles páginas, la Historia de la Iglesia de los siglos XVI-XVIII, manteniendo así la clásica división de toda Historia, desde la Reforma a la Revolución Francesa, que al no ser tratada en este volumen, se considera como parte de la Edad contemporánea.

Más de la mitad del texto está dedicado al período de las Reformas, sea protestante (Luterana, Calvinista y Anglicana) como Católica, ocupando tan

sólo unas ochenta páginas el período que el autor denomina, del Barroco a la Ilustración. En este período vienen señalados sobre todo aspectos y hechos (espiritualidad, movimientos religiosos-políticos -Jansenismo, Galicanismo, Josefinismo- cultura teológica, moral, exegética e histórica) muy propios de una visión histórico-eclesiástica.

Esta división y el espacio dedicado, nos permite señalar que para el autor la Edad moderna en la Iglesia está vigorosamente determinada por las Reformas, colocadas en su contexto socio-político-religioso, aún más allá del tiempo cronológico señalado en la descripción de los hechos.

En la obra se señalan suficientemente los acontecimientos y con mayor abundancia reflexiones y críticas de sus causas y consecuencias para su mejor comprensión, lo que da un mayor valor a la misma. Nos parece sea uno de los principales aspectos a señalar de toda la obra.

La obra en sí exige, de todas maneras, para su comprensión, otros conocimientos adquiridos en otros ámbitos. Es un libro para iniciados en la comprensión de la Historia de la Iglesia, sumamente útil para ampliar ideas y fortalecer una comprensión crítica y objetiva de la misma en este período histórico.

Señalamos como muy interesante, la síntesis que se hace en el último capítulo, de los nuevos horizontes misioneros que se abren para la Iglesia al inicio de la época, a raíz de los descubrimientos geográficos y de los acontecimientos políticos no sólo de Europa sino de los demás continentes conocidos.

Es síntesis, pero suficientemente clara y completa para lograr la comprensión de todos los aspectos vinculados al proceso de evangelización, propio de la Iglesia.

*Pablo Stocco, SDB*

KOLAKOWSKI Leszek, *Dios no nos debe nada*, Herder, Barcelona 1996

El libro se presenta como “un breve comentario sobre la religión de Pascal y el espíritu del jansenismo”. Se abre con el interrogante de si tiene sentido escribir hoy sobre Pascal y el jansenismo. En principio uno está tentado de decir que no tiene sentido. El autor con buen tino se encargará de mostrarnos que es bien interesante asomarnos a uno de los momentos cruciales en la historia de la iglesia que se encuentra a medio camino entre la Reforma y nosotros. Bastantes cosas de hoy pueden entenderse o ser iluminadas desde un acercamiento al fenómeno jansenista.

Pascal no debe alejarse del pensamiento jansenista pero no puede quedar totalmente ceñido por este contexto. Pascal es mucho más amplio. Por eso en el libro se intenta entender el jansenismo en sus dos facetas de escuela teológica que intentó hacer frente a algunos de los misterios del cristianismo por una parte y como un intento de evitar la siniestra amenaza de la Ilustración.

El libro se divide en dos partes. La primera parte afronta el tema sobre Agustín y los jansenistas. Con subtítulos sugerentes como: ¿Por qué la Iglesia condenó las enseñanzas de San Agustín? ¿Ordena Dios cosas imposibles? ¿Nos obliga Dios a ser buenos? ¿Podemos rechazar a Dios? ¿Por quién murió Jesús? El autor va recorriendo la historia del dogma en los dos siglos posteriores a la Reforma. El problema de la confrontación entre la gracia divina y la libertad humana lleva a la reflexión teológica y a la misma vida de la Iglesia por derroteros insospechados. Los temas sobre el pecado original, la justificación, redención, salvación, la misma idea de Dios pasan a ser situación candente que definirá el ser o no ser de la Iglesia. En el libro quedan claramente definidos los campos de la teología agustiniana-luterana-calvinista-jansenista por una parte y por otra los de la teología pelagiana-semipelagiana-jesuitica-molinista por otra. Desde un análisis del "Augustinus" y de las cinco proposiciones del "Augustinus" que condena Alejandro VII el Autor no duda en decir que la Iglesia condena a Agustín porque Jansenio es un fiel intérprete de San Agustín. Puede parecer sorprendente pero las cosas son así. La Iglesia necesitaba liberarse del legado de Agustín o "desagustinizarse" adoptando la doctrina jesuitica o semipelagiana porque lo contrario era optar por la autodestrucción y la insignificancia.

El Autor en toda la primera parte perfilará claramente cuáles son las dos líneas de Iglesia que se marcan desde un jansenismo estricto o desde un molinismo jesuitico. Y también perfila cuál de las dos líneas gana en la Iglesia al menos de un modo aparente. En varias ocasiones hace una lectura política del por qué de ciertas opciones eclesiales y teológicas incluso dogmáticas. Parece ser que el esfuerzo por ajustarse a la civilización emergente exigía olvidar el rigorismo agustiniano y el abandono de la visión pesimista del hombre y su mundo y aceptar la autonomía de las cosas, del mundo y del mismo hombre y no someterlo a ser de hecho una marioneta de la divinidad. Los jesuitas con la "devoción fácil" intentan encontrar un camino más fácil que el agustiniano para la Salvación. Ciertamente que los jesuitas creen en la gracia y su eficacia. A la postre creen más que Jansenio, porque es una gracia más abundante y de hecho más eficaz que la misma gracia predicada por Agustín. Llega a muchos más y salva a muchos más.

Hubo peligro de laxismo. Fue corregido y esto por obra y gracia de los jansenistas. En este capítulo se tocan también los temas de la frecuencia de la comunión, de la contrición y de la atrición, niños no bautizados al infierno. Creo que en el capítulo se consigue enmarcar bien qué es el jansenismo y sus raíces. Se marcan bien sus aporías, sin sentidos y aciertos donde los hubo. La iglesia estuvo tentada de hacerse jansenista y posiblemente lo fue (y sigue siendo) en muchas de sus apreciaciones y comportamientos. No se ha superado el dualismo gnóstico y maniqueo. No se ha superado el antagonismo entre Dios y el hombre. Parece que están permanentemente condenados a ser contrincantes y no colaboradores amistosos en la misma tarea.

También se enmarca y delimita bien lo que puede ser el molinismo y el espíritu jesuítico de querer salvar al hombre y la cultura o la autonomía de la realidad creada. Puede que no sea del todo feliz el sinergismo pero no había otra alternativa con el instrumental filosófico que en esa época se manejaba. Los jesuitas consiguieron quitar los tintes negros y tristes del cristianismo jansenista donde hasta la madre que lloraba por su hijo muerto pecaba porque ese amor no era amor a Dios. La religión cristiana salió del sectarismo y pudo ser oferta de salvación para muchos. Algunos contestarán que a un precio muy alto.

El jansenismo pervivió donde menos creía: en el campo político donde sin quererlo se alía con los galicanos y se enfrentará al Rey y al Papa sin haberlo pretendido en ningún momento antes. Con ocasión de la condena definitiva del jansenismo en la bula "Unigenitus" el Papa consigue unirlos contra un enemigo común: el mismo Papa o la Santa Sede.

En la Iglesia ganaron los jesuitas. El catecismo se hizo semipelagiano. Dios y el hombre cooperan. Tenemos que hacer algo para salvarnos. Hoy nadie afirma la gracia invencible, ni nadie cree que los niños van al infierno y hasta se empieza a creer y afirmar la apocatástasis. Nadie cree en la predestinación o en la doble predestinación. Solo predestinados al bien pero contando con el libre albedrío del hombre.

*Gonzalo Arnaiz, scj*